

año 1696 sin acometer ni intentar los unos y los otros empresa notable, y viviendo todos á costa de aquel desgraciado país, que parece imposible que despues de tantos años de

tan asoladoras guerras pudiera mantener ejércitos tan numerosos como los que allí tenían el delfin, Villeroy y Boufflers, los principes de Orange y de Baviera, y el landgrave de

DOS SICILIAS



CARLOS II

Hesse, que juntos no bajarían de ciento sesenta mil hombres.

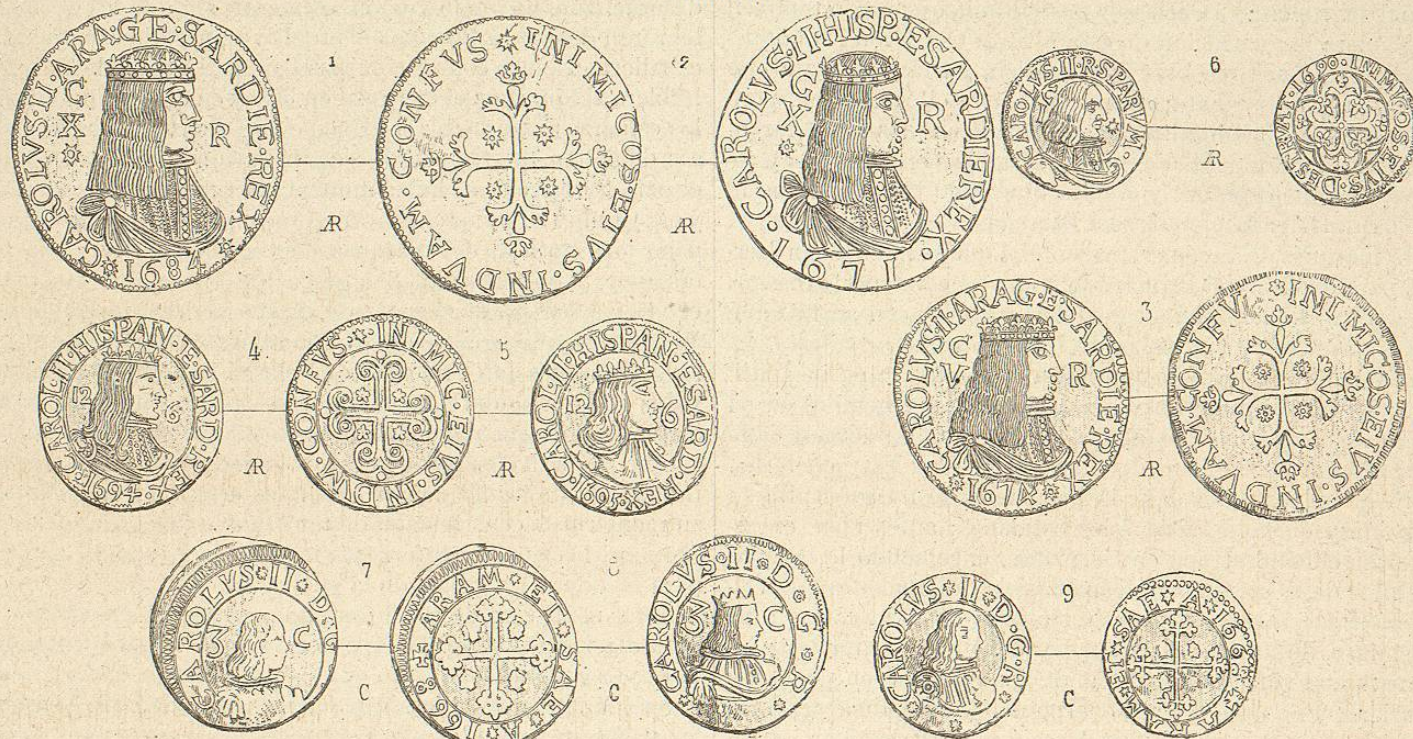
En Italia, donde aliados y franceses llevaban también más de cinco años de guerra, la campaña de 1692 no fué tan des-

favorable á aquellos como las anteriores, bien que ellos tampoco lograron otra ventaja que tomar y destruir alguna otra ciudad del Delfinado, en que penetró el duque de Saboya con un ejército de piamonteses, alemanes y españoles, para reti-

rarse á la aproximación del invierno, no mereciendo el resultado de la expedición las sumas inmensas que costó á los confederados. Aun menos favoreció á estos la fortuna en 1693. Después de haber tenido sitiada por más de cuatro meses la plaza de Pignerol, y dádole repetidos ataques, y arrojado sobre ella cuatro mil balas y otras tantas bombas, no pudieron rendirla: y en una batalla que les dió á poco tiempo el mariscal francés Catinat perdieron los aliados seis mil hombres, veinticuatro cañones y más de cien estandartes y banderas. El marqués de Leganés, que era gobernador de Milan, no cesaba de enviar al duque de Saboya refuerzos de españoles, llegando á diez y seis mil los que peleaban en aquellas partes. Hasta cuarenta y cinco mil ascendía en 1694 el número de los soldados de la confederación, reducido Catinat á estar á la defensiva; y sin embargo el duque de Saboya gastó el tiempo

en marchas y contramarchas inútiles, y con aquel ejército que estaba devorando su país ni emprendió una expedición al Delfinado ni á la Provenza, ni hizo otra conquista que la del castillo de San Jorge. Verdad es que la discordia reinaba entre sus generales, y no había entre ellos ni cooperación, ni unidad, ni concierto. Solo en 1695 rindió á Casal, que había tenido bloqueada todo el invierno con un cuerpo de seis mil españoles y otros seis mil alemanes, y la restituyó al duque de Mantua. Eran tales las disidencias entre los generales, que ni el duque de Saboya y Caprara que mandaban los italianos, ni el príncipe Eugenio que guiaba los imperiales, ni el marqués de Leganés que gobernaba los españoles, podían avenirse entre sí; culpábanse unos á otros, y desesperado el duque de Saboya se separó de la liga: entre él y Luis XIV se celebró un tratado particular (30 de mayo, 1696), y por último convi-

CERDEÑA



CARLOS II

nieron el imperio y la España en que se declarara la Italia país neutral, evacuando en su virtud el Piamonte las tropas alemanas y francesas (1).

Aunque además de la Italia y de los Países Bajos habían sido también las orillas del Rin y los campos de Alemania teatro de la gran lucha entre aliados y franceses durante todos estos años, y aunque en todas partes peleaban los soldados españoles, ya que no como el alma de la confederación, á la manera de otros tiempos, al menos como auxiliares de ella, donde más se sentían los males de esta contienda fatal era en Cataluña, como parte ya de nuestro propio territorio. Hubo allí la desgracia de que el virey duque de Medinasidonia, que pudo en 1692 con un regular ejército que tenía haberse acaso apoderado del Rosellon cuando el mariscal Noailles contaba con muy escasas fuerzas, tuvo la cobardía de retroceder desde las alturas que dividen ambas provincias y en que había acampado, y dió lugar á que el francés penetrara en el país catalan sin batirle siquiera en los desfiladeros. Y lo que fué peor, al año siguiente sitió á Rosas, protegido por la escuadra del conde de Estrées que salió al efecto del puerto de Tolon, y como faltase á los sitiados el socorro que el de Medinasidonia pudo fácilmente darles, rindióse aquella importante plaza (junio, 1693), con poco crédito y honra del nombre español: suceso que no alteró la impasible indiferencia del duque virey, el cual continuó sin hacer ni intentar cosa en defensa de la provincia, como quien opinaba, y lo decía así á los natura-

les, que no veía otro camino ni otro medio que hacer las paces con Francia.

Relevóle la corte enviando en su reemplazo al duque de Escalona, marqués de Villena, hombre ni de mas talento, ni de mas resolución, ni de mas prudencia que su antecesor; pero tan confiado, que porque de Castilla llegaron cuerpos de reclutas, á quienes los mismos muchachos catalanes tenían que enseñar el manejo de las armas, no contando más que con el número decía: «Con veinte mil soldados, todos españoles, no hay que temer (2).» Si había que temer ó no, mostráse luego el de Noailles, que entrándose por el Ampurdan con poco más crecido ejército que el español (mayo, 1694), fué á acampar á Torroella de Montgrí, orilla del Ter. Allí fué á buscarle el marqués de Villena lleno de una imprudente confianza, de la cual supo aprovecharse bien el veterano y experimentado Noailles, esguazando el río y cayendo sobre nuestros bisonos y descuidados soldados. Allí fué prontamente arrollada y deshecha nuestra caballería, prisioneros ó muertos el general y los capitanes, desordenada y ahuyentada la infantería, escapando tan precipitadamente, que en cuatro leguas que la fueron persiguiendo los franceses victoriosos no pudieron darle alcance (27 de mayo, 1694). Solo se condujo bizarramente el catalan don José Boneu, que mandaba el tercio de la diputación, el mismo que años antes había defendido tan briosamente la villa de Massanet. Perdiéronse allí tres mil hombres, con todas las tiendas y bagajes, con toda la plata y toda la correspondencia del virey.

No se estuvo ocioso despues del triunfo del Ter el de Noai-

(1) Leo y Botta, Hist. de Italia, lib. XVII, c. 2.º—Gacetas de Madrid de los años correspondientes.

(2) Feliu de la Peña, Anales de Cataluña, lib. XXI, cap. 13.

les. A los pocos días estaban ya los franceses sobre Palamós. La escuadra de Tourville llegó a tiempo de impedir que le entrasen socorros, y el gobernador tuvo que capitular, quedando allí otros tres mil hombres prisioneros de guerra. Embistió después el de Noailles la importantísima plaza de Gerona, tan gloriosamente defendida otras veces. Pero engañado el de Villena con la voz que hizo correr el francés de que iba a poner sitio a Barcelona, dejó en abandono aquella plaza. Desamparó también uno de los principales fuertes don Juan Simón, y entrególa con poco decorosas condiciones don Carlos Suere, sin contar para nada con la ciudad (29 de junio). Luis XIV premió los servicios del de Noailles nombrándole virey de Cataluña, de cuyo cargo tomó posesión el 9 de julio con gran ceremonia. Un terror pánico se había apoderado del de Villena y de sus tropas. Así fué que aprovechándose el francés de esta consternación acometió a Hostalrich, que a pesar de su fortaleza natural se le rindió sin gran resistencia. Igual suerte cupo a Corbera y Castellfollit, quedando también prisionera la guarnición de esta última. Quisieron los miqueletes y paisanos recobrar a Hostalrich, juntándose para ello casi tumultuariamente; aparecióse entre ellos el virey, pero con noticia de la aproximación de Noailles todos se retiraron. Así iban siendo arrolladas nuestras tropas en Cataluña y tomadas nuestras plazas, y gracias que pudo impedirse que la escuadra francesa bloquease a Barcelona.

El marqués de Villena representaba que se hallaba sin fuerzas para defender el Principado, y que los catalanes, cansados de guerra, se resistían a tomar las armas, y con su miedo a los franceses eran la causa de los males que se sufrían. La corte comprendió que lo que había de cierto era su incapacidad; le indicó que renunciara al vireinato, y nombró en su lugar al marqués de Gastañaga, que en verdad no había dado muestras ni de hábil ni de valeroso en Flandes y en Italia. Pero al menos tuvo aquí la prudencia de no aventurar su persona y de no desairar a los catalanes; antes bien, encerrándose él con la tropa en las plazas, encomendó a los enemigos, de interceptar y apresar convoyes, de no dejar un francés con vida de los que andaban sueltos ó en pequeñas partidas, y no unidos a un cuerpo de ejército, de apoderarse por sorpresa de algunas fortalezas y villas y degollar las pequeñas guarniciones, y aun llegaron a poner formal bloqueo a plazas como las de Castellfollit y Hostalrich, cuyas fortificaciones hicieron al fin los franceses demoler, por temor de que volviendo a ellas los miqueletes las conquistaran y les sirvieran de abrigo (1695).

Halagaba el virey, y acariciaba y agasajaba a los paisanos, y hacía celebrar en Barcelona sus proezas y sus triunfos; mas luego se le vió cambiar de conducta y de semblante con ellos, ó por órdenes que recibiera de la corte, que acaso recelara ya del ascendiente que iban tomando, ó lo que es mas verosímil, porque no creyera necesitarlos ya, atendidos los refuerzos considerables de tropas que llegaron de todas partes. En efecto, llegaron por este tiempo al Principado multitud de alemanes, irlandeses y walones, enviados por el emperador y conducidos por el príncipe Jorge de Hesse Darmstadt: y también habían ido llegando los reclutas de Castilla y de Navarra, sacados de la manera y con los trabajos que dijimos en el anterior capítulo. De modo que reunió el de Gastañaga un ejército de cerca de treinta mil hombres, si contar los miqueletes y paisanos armados.

En verdad, si en España había costado sacrificios y esfuerzos la famosa conscripción de 1695, y había sido menester encerrar en las cárceles a los que caían soldados para que no se desertaran, y de ellos solo la cuarta parte llegaba a entrar en filas, en Francia pasaban aun mayores trabajos este año para reclutar gente, y tanto que las tropas que había en París cogían a los mozos que se hallaban en aptitud de manejar las armas, los encerraban en casas destinadas al efecto, y los vendían a los oficiales. Había en París treinta de estas casas que llamaban gazaperas (*fours*): hasta que noticioso el rey de este horrible atentado contra la humanidad y contra la seguridad individual, mandó poner en libertad aquellos infelices,

y que se formara causa a los aprehensores y se los juzgara con todo el rigor de las leyes.

El duque de Noailles se había retirado a Francia enfermo y lleno de gloria, y habíale sustituido en el mando de las tropas de Cataluña el duque de Vendome, general acreditado en las campañas de Alemania, de Italia y de Flandes. El virey español marqués de Gastañaga, con haber recibido tan numerosos refuerzos de gente, y con ayudarle no poco en sus operaciones la escuadra de los aliados que a la sazón costeaba el litoral de Cataluña y le enviaba socorros, ni siquiera pudo tomar la plaza de Palamós a que había puesto sitio, y el de Vendome demolió después sus fortificaciones: hecho lo cual, se retiraron a descansar unos y otros sin acometer otra empresa.

Al año siguiente (1696), fueron aun menos notables los accidentes de la campaña. Hubo, sí, entre varios encuentros y combates parciales, algunos mas generales y mas serios, y en uno de ellos, dado orillas del Tordera, fué el ejército español desordenado, huyendo vergonzosamente, sin que los oficiales lograran detener a los soldados fugitivos; pereció casi toda la caballería valona con el comisario general conde de Tilly, y hubiera sido mayor el destrozo en este y en otros choques sin los esfuerzos vigorosos del príncipe de Darmstadt. Los franceses demolian fuertes, exigían contribuciones, y vivían sobre el país. Su ejército se había aumentado mucho últimamente, y era ya muy superior al nuestro. Con esto y con el poco vigor y no mas aptitud del marqués de Gastañaga, era tanto el disgusto, y fueron tantas las quejas de los catalanes contra el virey y contra el maestro de campo general marqués de Villadarias, que la corte determinó relevar al uno y al otro, y nombró virey a don Francisco de Velasco, hombre de probado valor y hermano del condestable; maestro de campo general al conde de Corzana, y general de la caballería al de la Florida.

Como habrán observado nuestros lectores, ni la famosa junta llamada de los Tenientes generales creada en Madrid, ni su monstruosa contribución de un soldado por cada diez vecinos, ni los donativos forzosos impuestos a toda la nación para atender a los gastos de la guerra, habían bastado a hacer mejorar el aspecto de la de Cataluña, antes iba empeorando cada día visiblemente. Tiempo hacia que se andaba tratando de la paz general: mas como quiera que nunca suelen ser mayores los aprestos bélicos que cuando se andan negociando las paces, procurando cada cual mostrarse fuerte para sacar mejores condiciones de ellas, Luis XIV quiso poner la España en la necesidad de aceptar las que él dictase, a cuyo fin mandó al de Vendome que emprendiera el sitio y conquista de Barcelona, y al propio tiempo ordenó al conde de Estrées que con las flotas de Marsella y de Tolon fuera a cerrar la boca de aquel puerto. Todo se ejecutó así, y casi simultáneamente se pusieron delante de aquella insigne ciudad (principios de junio, 1697), el de Vendome con su ejército de veinticuatro mil hombres, y el de Estrées con ciento cincuenta velas y multitud de cañones, de los cuales puso en tierra setenta de grueso calibre con veinticuatro morteros. El virey con una parte del ejército español se retiró detrás de Barcelona, dejando no obstante en la ciudad hasta once mil hombres al mando del maestro de campo conde de Corzana y del príncipe de Darmstadt, y además otros cuatro mil hombres a que ascendía la milicia de los gremios, gente valerosa y resuelta, armada también una parte de la nobleza del país, en la cual se contaba al marqués de Aytón.

Vergonzosa fué la facilidad con que se vió al de Vendome, a presencia del virey Velasco, establecer sus cuarteles desde Sans hasta Esplugas, poner sosegadamente sus depósitos en Sarriá, plantar sus baterías y abrir trincheras, mientras los cañones y morteros de la escuadra arrojaban balas y bombas sobre la ciudad, y destruían y quemaban edificios. Como si tuviera al enemigo a cien leguas de distancia, así se hallaba descuidado el virey Velasco en su cuartel general de Molins de Rey, cuando sus tropas se vieron sorprendidas por una columna francesa mandada por el mismo Vendome (14 de julio, 1697). En la cama estaba cuando supo la derrota de su gente por los que llegaron dispersos y azorados, y tan de prisa tuvo que andar él mismo, que a poco mas que se detuviera apoderárase de su persona el general francés, como se apoderó

de su vajilla, de su bastón y de su dinero. En esta ignominiosa acción portáronse cobardemente los nuestros desde el virey hasta el último soldado, a excepción de una parte de la caballería que hizo frente y fué deteniendo y rechazando algo al enemigo.

Tanto como se advertía de flojedad y de inercia en la tropa y en los generales, se notaba de energía, de decisión y de valor en los naturales del país, así fuera como dentro de la ciudad. Al terrible retumbar del cañal que llamaba a somaten aparecían las montañas coronadas de paisanos armados, conducidos por Boneu, Agulló y otros de sus intrépidos caudillos. Dentro de Barcelona todos gritaban que morir antes de entregar al francés aquella población invicta: clérigos, magistrados, mercaderes, artesanos, mujeres, todos participaban de igual irritación, y todos trabajaban a porfía. La guarnición hizo diferentes salidas, y hubo día en que sostuvo siete combates consecutivos. Mas al ver el poco fruto que de ello se sacaba, que se descuidaba de fortificar los puestos débiles, y que se negaban armas a los que las pedían, sospechábase ya muy desfavorablemente del de Corzana, y mas cuando ya andaban voces de capitulación. Barcelona se ofrecía a defenderse sola, con tal que se saliera el de Corzana con todas las tropas, a excepción de las que mandaba el príncipe de Darmstadt. Mas justamente en aquellos días llegó de Madrid el nombramiento de virey y general en jefe del ejército hecho en el conde de Corzana en reemplazo de Velasco (7 de agosto de 1697), con lo cual llevó aquel adelante su plan de capitulación y de tregua, que se firmó a los tres días (10 de agosto), a despecho y con llanto de todo el pueblo, y con disgusto y enojo del de Darmstadt y de los mejores capitanes. El conseller en Cap de Barcelona murió de dolor de no haber podido salvar la ciudad. Los franceses se obligaron a no cometer insulto alguno contra los naturales, a conservarles todos sus privilegios, a que la guarnición saliera por la brecha con todos los honores, como así se verificó, y a que desde 1.º de setiembre habría una suspensión de armas, separando los dos ejércitos el río Llobregat.

Concluida la tregua, el general francés sorprendió de nuevo al de Corzana, el cual hubo de retirarse tan precipitadamente que dejó en el campo su propio coche, que el de Vendome le devolvió con mucha atención y cortesanía. La rendición de Vich fué el último triunfo del francés en esta guerra. El de Vendome fué recompensado por Luis XIV aumentándole sus pensiones, y dándole además cien mil escudos para pagar sus deudas. Carlos II de España desterró a don Francisco de Velasco a sus tierras, con prohibición de entrar en la corte y sitios reales hasta nueva orden, porque le culpaba de la pérdida de Barcelona. Al príncipe de Darmstadt le nombró general del ejército de Cataluña, que se hallaba en Martorell, donde se le había incorporado la guarnición de Barcelona (1).

Indicamos antes que hacia mucho tiempo se había tratado ya de hacer la paz general, pero con condiciones tales de parte de Luis XIV, que la corte de España las había rechazado por deshonrosas é inadmisibles. Aunque victorioso en todas partes aquel soberano, deseaba poner término a tan larga lucha, ya por el estado de su tesoro, ya porque le convenía romper la gran liga europea, ya por las miras y proyectos que tenía de traer al trono de España un príncipe de su familia cuando Carlos muriera sin sucesión. En 1696 había hecho ya un tratado particular con el duque de Saboya: el rey de Suecia había ofrecido su mediación para la paz general, y todas las potencias la habían aceptado. En su virtud se habían congregado los plenipotenciarios de todas las naciones beligerantes desde mayo de este año (1697) en Riswick, pueblo de la Holanda meridional, a una legua de la Haya. Eran los representantes de España don Francisco Bernardo de Quirós y el conde de Tirlémont. Después de algunas conferencias y debates, en que los enviados de Carlos XII de Suecia hicieron bien el ofi-

(1) Feliu de la Peña, Anales de Cataluña, cap. 14 al 19.—Entre los muchos pormenores que este escritor refiere de la guerra de Cataluña y conquista de Barcelona, se encuentran muchas cartas del rey y de la reina en contestación a las de la ciudad, y se halla la lista nominal de los jefes y capitanes muertos y heridos durante el sitio.

cio de mediadores, presentaron los de Francia los artículos sobre los cuales estaba Luis XIV resuelto a concluir la paz, añadiendo después que si en un término dado no eran admitidos se apartaría del tratado y decidirían las armas sus pretensiones. En vista de esta declaración, Inglaterra, España y Holanda, separándose del emperador, suscribieron a la paz con Francia (20 de setiembre, 1697). Pero viéndose solo el emperador Leopoldo, y oídas las razones que a sus quejas dieron los plenipotenciarios de las demás potencias, ordenó a los suyos que se adhieran al tratado, como lo hicieron (30 de octubre), cesando con esto la guerra en todas partes.

Por la paz de Riswick reconoció Luis XIV a Guillermo III de Orange como rey de Inglaterra: se señalaron las aguas del Rhin por límites a los dominios de Alemania y de Francia: devolvía Luis XIV todas las conquistas hechas en la Holanda y Países Bajos españoles después de la paz de Nimega, a excepción de algunos pueblos y plazas que decía haberle sido cedidos por tratados anteriores, y se obligaba también a restituir a España las plazas de Barcelona, Gerona, Rosas, y todo lo demás de Cataluña ocupado por las armas francesas, sin deterioro alguno, y en el mismo estado en que antes de la guerra se hallaba cada fortaleza y cada pueblo (2).

Excusado es ponderar la alegría con que se recibió en todas partes la noticia de este tratado, y principalmente en los países que habían sido teatro de tan prolongada guerra. En verdad no parecía que debía esperarse tanta generosidad de parte del poderoso monarca francés que había sabido resistir por tantos años a toda la Europa confederada contra él, y cuando sus ejércitos habían alcanzado por las armas triunfos en todas partes. Que algún pensamiento grande le impulsaba a obrar de aquella manera, era cosa que no podía ocultarse, y ciertamente no se ocultaba. Así que en vano era esperar que la Europa reposara de las fatigas de una lucha tan larga y tan cruel, y en que tanta sangre se había vertido, y que los Estados y los príncipes se repusieran de tantas calamidades. El motivo que había guiado a Luis XIV a ajustar la paz de Riswick eran los planes que indicamos ya tenía sobre la sucesión al trono de España, objeto también de las aspiraciones de otros príncipes y de otras potencias, y cuestión que hacia años se estaba agitando dentro de la misma España, y que será la materia del siguiente capítulo.

## CAPITULO XIII

## Cuestion de sucesion

DE 1694 A 1699

Fundados temores de que faltara sucesión directa al trono de España a la muerte de Carlos II.—Partidos que se formaron en la corte con motivo de la cuestion de sucesion.—Consultas é informes de los Consejos.—Dictámenes y votos particulares notables.—Estado de la cuestion después de la paz de Riswick.—Trabajos de los embajadores austriaco y francés en la corte de España.—Pretendientes a la corona de Castilla, y títulos y derechos que alegaba cada uno.—Cuáles eran los principales.—Partido dominante en Madrid en favor del austriaco.—Hábil política del embajador francés para deshacerle.—Dádivas y promesas.—Gana terreno el partido de Francia.—Vacilación de la reina.—Retírase disgustado el embajador alemán.—Muda de partido el cardenal Portocarrero.—Es separado el confesor Matilla.—Reemplázale Fr. Froilan Diaz.—Vuelve el conde de Oropesa a la corte.—Declárase por el príncipe de Baviera.—Célebre tratado para el repartimiento de España entre varias potencias.—Enojo del emperador.—Indignación de los españoles.—Protestas enérgicas.—Nombrá Carlos II sucesor al príncipe de Baviera.—Muere el príncipe electo.—Nuevo aspecto de la cuestion.—Motín en Madrid.—Peligo que corrió el de Oropesa.—Cómo se aplacó el tumulto.—Destierros de Oropesa y del almirante.—Quedan dominando Portocarrero y el partido francés.

La circunstancia de no haber tenido Carlos II sucesión, ni de su primera ni de su segunda esposa; la ninguna esperanza que había de que la tuviese, atendida su complexion débil; los pocos años que se suponía ó calculaba que podría ya vi-

(2) Este tratado, que consta de treinta y cinco artículos, se publicó é imprimió en Madrid el 10 de noviembre de 1697. Un ejemplar de la primera edición se halla en el archivo de Salazar, Est. 14, grad. 3.º